

El protegido

Pablo Aranda

«Pablo Aranda convierte en intriga criminal las mínimas perturbaciones de todos los días: como si supiera que la vida corriente es peligrosa.»

Justo Navarro



El protegido

Pablo Aranda

MALASO BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES

UNO (2015)

Buscó una placa en alguno de los edificios, a la altura de la primera planta, letras blancas sobre un fondo azul. Necesitaba confirmar que se hallaba en el lugar donde debía estar. Miró hacia arriba, girando sobre sí mismo, aturdido por la poca iluminación, por la forma irregular de la plaza, por los edificios hostiles, demasiado juntos, altos, feos, emitiendo sonidos apagados, diálogos de película en un televisor, ruido de cubiertos, el ladrido lejano de un perro pequeño, el trueno de una persiana bajada con violencia, el llanto de un niño que no era su hijo. En la parte más estrecha de la plaza, en la calle por la que se accedía a ella, había dejado el coche en doble fila, como muchos otros, y al mirarlo vio a un grupo de muchachos apoyados en él, fumando, aburridos, vulnerables y peligrosos. No debía decirles que el coche era suyo, no era el lugar, ni la hora, de regañarles, de que se sintieran amonestados por él, Jaime, posible objetivo de su rabia y su apatía. Se acercó despacio, como distraído.

— ¿Ésta es la plaza Manuel Ledro?

Dos de ellos miraron a un tercero. La jerarquía hasta para responder a una pregunta cotidiana. Jaime también lo miró y esperó que expulsase el humo de una calada larga a un cigarro que lanzó al suelo antes de contestar.

— Esto no es una plaza, las plazas tienen bancos y toboganes, farolas y un bar donde tomarse una caña.

La respuesta pareció sorprender más a los suyos que a Jaime, la rebelde inteligencia de un muchacho que no llegará a nada, pensó, capaz de sintetizar un análisis de su geografía pero tirando un cigarro en un movimiento ensayado en otra noche igual a tantas, entre

sus compañeros de pasar el rato, allí, entre los coches, si no es que iban a robarle, anda, dame tu móvil, sólo un momento, y veinte euros para que nos tomemos una cerveza mientras tú buscas tu plaza. La plaza que le había dicho Elena.

A las nueve de la noche, dijo, en la plaza Manuel Ledro, no sé el número del portal ni el piso pero allí, en la plaza, a las nueve, es pequeña. No preguntó por qué tenía que recoger a su hijo allí, no era asunto suyo, a lo mejor un cumpleaños (¿a qué edad empiezan ahora los niños a ser invitados a cumpleaños?), la casa de alguna amiga de Elena, de algún amigo, tal vez un hombre con el que a lo mejor Elena se acostaba y al que cogía la mano mientras Álvaro jugaba en la alfombra, veía dibujos animados, dormía en una cama que no era suya y, mientras, Elena y el otro en el sofá. No era asunto suyo, pero allí Elena no aparecía, ni estaba seguro siquiera de que fuera esa la plaza ni que no fueran a robarle, el joven filósofo pateándole la cabeza a Jaime tendido en el suelo de la acera.

Sintió una punzada de rabia y dolor al imaginar que ella podría estar asomada en una de las terrazas de esa colmena oscura, mirándolo perdido. La llamó, pero el móvil estaba apagado. Esa noche, se dijo, Álvaro no dormiría con él. No lo miraría dormir, no tendría entre las suyas sus manos pequeñas, no anotaría en la libreta las nuevas palabras, dulcemente mal pronunciadas. Todo suyo, su hijo. Carne de su carne, aunque no fuera cierto.

2

Inma sugirió que denunciase a Elena. La llamó ésa. Denuncia a ésa, que te den la custodia compartida.

—Aunque luego tienes que comerte al niño con patatas, te aviso —añadió con esa agresividad que sólo manifestaba cuando se refería a Elena.

Jaime sacudió la cabeza, no tenía la menor intención de discutir. Ella se sentó junto a él en la mesa de la terraza y dejó los dos botellines de cerveza que traía en la mano. No se dio cuenta de que había olvidado el abridor que se levantó a buscar Jaime. Volvió de la cocina molesto por las palabras de Inma, sorprendido por la violencia que arrastraban. Inma conocía a Elena desde antes que él, desde el colegio. ¿Con qué edad empezaron el instituto, cuándo coincidieron los tres? ¿Con trece años, catorce? A veces sospechaba que había algo importante que no le habían contado ninguna de las dos, algún episodio oscuro de rivalidad saldado a favor de Elena, y que eso reconocía a Inma y no el hecho de que lo torease a él con Álvaro, el hijo de ambos, como Inma justificaba en alguna ocasión su encono. Tal vez también Elena odiase a Inma, seguía dándole vueltas a la cabeza Jaime, la cerveza aún cerrada en la mano —la chapa de la de Inma cayendo al suelo, Inma tendiéndole el abridor—, por estar con él. No porque él la hubiese dejado por Inma, algo que de hecho no ocurrió, quizá Elena odiaba a Inma, conjeturaba Jaime, porque ahora Inma tendría acceso a información privilegiada sobre ella, a su intimidad con Jaime, a la versión de Jaime de esa intimidad, una narración de la vida en común que ella no podía controlar. Aclarar. El mismo odio que tal vez le tuviera Elena a él por formar parte de su pasado, ella que se maldecirá ahora por haber sido capaz de caer tan bajo, pensaba Jaime que pensaba ella, por haberlo aceptado como padre de su hijo, testigo de su intimidad. Su hijo que había llamado papi al hombre que ella había aceptado, cuando Elena creyó que un hijo necesita un padre, a la fuerza, y él se agarró al hijo para agarrarse a la madre.

Mi hijo, punto, concluyó Jaime sus elucubraciones, inquieto, saboreando la cerveza por fin abierta, helada, apurándola. Álvaro. Todo hijo tiene una historia, un sinfín de encuentros y desencuentros que desembocan en él, y no hay que definir al hijo con las casualidades anteriores, darle tantas vueltas, un hijo es un hijo y él es el padre de Álvaro. Álvaro, que a esta hora habría buscado sus bra-

zos, sólo querría estar con él justo antes de dormirse, la protección de su abrazo gigante, su padre un oso bueno capaz de espantar cualquier peligro, le había susurrado alguna vez, sin que Álvaro lo comprendiese, un oso grande, suyo, único, ese privilegio.

Elena, por fin al teléfono, cuando Jaime ya estaba de vuelta en la casa, sin Álvaro, sintiendo la mirada de Inma mientras se llevaba el móvil a la oreja, fue breve:

—Al final no hemos ido y no he podido avisarte, sorry. Recógelo mañana. A las doce.

No se había disculpado por haber hecho que fuese a la plaza, ni se molestó en comprobar que a Jaime le venía bien la hora de esa nueva cita, mañana. Se levantó a por otra cerveza y volvió a la terraza. La cerveza fría y la brisa. La luz de la vela, la rabia que se tragaba, el esfuerzo por intentar disculpar todo y por no querer compartir ese dolor que era sólo suyo. Carne de su carne, el dolor sí, carne de su carne.

—Ha llamado uno que quiere ver el apartamento —Jaime agradeció el cambio de tema que ofrecía Inma.

La miró para mostrarle su atención, para facilitarle el giro en la conversación.

—Parece extranjero, pero habla muy bien. Torremolinos está lleno de ingleses. A lo mejor es una pareja. Le ha parecido bien el precio. He quedado el lunes. ¿Vendrás conmigo?

—¿Tú quieres que vaya?

—Claro.

—Iré contigo si me invitas a un café en Torremolinos.

Inma sonrió y todo se hizo más fácil. Solía encontrar pronto inquilino para su apartamento. Su apartamento de soltera, lo llamaba. No está casada. No estamos casados, pensó Jaime. Antes de estar con él ya llamaba a su apartamento su apartamento de soltera, cuyo alquiler cubría no sólo la hipoteca del apartamento sino parte de la del piso donde vivía con Jaime, el piso que era también de ella, sólo

de ella, y al que no llamaba mi piso de casada sino mi casa. Llevaban juntos poco tiempo y ella no lo consideraba su marido, no lo era. Todo había comenzado como un juego hacía pocos meses, y ahora se sentían arrastrados a otra fase regida por reglas diferentes, comprometedoras, pero aún no sentían la aceptación implícita, mutua, de la nueva situación. El juego había terminado. La situación demandaba cada vez con más fuerza un movimiento. En la terraza, Jaime percibía las cuestiones del piso, de su relación con Inma, de Elena, como altos edificios que lo atosigaran, en la plaza Manuel Ledro, apenas una hora antes, la oscuridad, su desasosiego buscando una referencia que lo llevase a su hijo.

3

Aparcaron en el centro de Torremolinos. Contaban con tiempo de sobra y decidieron tomarse un café, luego caminarían hasta el apartamento de Inma. Una cafetería como cualquier cafetería, sin ningún toque que la diferenciase de otras. Las mismas mesas, las sillas metálicas, la máquina tragaperras emitiendo su desagradable melodía chillona. Se acodaron en la barra, en dos taburetes con el asiento forrado de escay. Jaime tardó en reconocerse en el rostro que le devolvía el espejo, tras las botellas de alcohol ordenadas caprichosamente. Le sonó extraña la voz de Inma pidiendo dos cafés, por favor, como si ya no estuviesen juntos y hubiesen quedado tras un tiempo sin verse y la voz le trajese recuerdos del día que fueron a Torremolinos para enseñar el apartamento. A través del espejo Jaime observó cómo uno de los camareros vertía con disimulo ginebra en un vaso pequeño, de los que se usan para servir una caña de cerveza. Parecía un vaso de agua, y lo colocó ante una señora de unos sesenta años que lo vació en tres tragos. El otro camarero, mayor, el dueño, contaba a dos policías locales que él lo había visto todo, si

el banco está ahí, miren. Los policías atendían aburridos, dando sorbos cortos a su café.

—El viejo se acercó por detrás y puso el cañón de la escopeta en la nuca del otro viejo, los dos tenían ochenta años, y ¡pum! Yo lo escuché y supe que era un tiro. —Entonces es que no vio al viejo acercarse por detrás, pensó Jaime—. Un disparo no es un petardo, es otra cosa, ustedes lo saben. No lo tiró del banco, pero la cabeza la tenía colgando, destrozada, y todo lleno de sangre. ¡Cuánta sangre cabe dentro de un cuerpo! ¡Parece mentira!

—Luis, que están comiendo —protestó una mujer que salía de la cocina.

No hables de sangre cuando están comiendo.

—Si son policías, leche. Y el tío, el viejo, siguió andando, como si no hubiese hecho nada, el hijo de la gran puta, con perdón.

—Qué desagradable —murmuró Inma.

—Pero lo siguieron unos cuantos. Yo no, porque estaba atendiendo la cafetería y no podía dejar a éste solo con la barra y las mesas. ¿Pero saben lo peor?

—Pues claro que lo saben, no lo van a saber, si son policías —habló de nuevo la señora, desaliñada, con una voz molesta, chirriante, restregándose las manos en un delantal de colores gastados.

—Lo peor venía en el periódico de ayer, ahí está, en ese montón, no tengo tiempo ni de tirar los periódicos atrasados, y eso que el contenedor de papel está ahí mismo. Lo peor es que el viejo que disparó había estado cinco años en una cárcel francesa.

—Le encanta contarlo, es superior a sus fuerzas, y cada vez que lo cuenta, siete u ocho veces al día, añade algo nuevo —protestó la mujer buscando la complicidad de Jaime e Inma.

—¿Saben por qué? Por tirar a su mujer de la Torre Eiffel. En 1963, ustedes ni habrían nacido, el hijo de la gran puta, qué haría en Francia, en esa época se iba a la vendimia, pero no a París, a lo mejor le tocó la lotería y se llevó a la mujer a París, la capital del mundo,

que ahora es Nueva York, pero entonces la capital del mundo era París, y va y la tira desde lo alto de la Torre Eiffel.

—¿La mató? —preguntó uno de los policías.

—Pues claro, mira éste, desde lo alto de la torre. ¿No la iba a matar? Muerta del todo, para siempre. Y después cinco años de nada en la cárcel y otra vez a su tierra, a pasear por Torremolinos y hacerse viejo, y alguno que se cruzase con él en un portal le sostendría la puerta del ascensor y le diría pase, abuelo. Y se acerca por detrás a otro viejo y ¡pum!

—Anda, vámonos que se me está revolviendo el estómago.

Inma tiró de la manga de Jaime y el golpe de las monedas puestas en la barra hizo que uno de los policías se volviese y se lo quedase mirando.

Jaime había leído en la prensa la noticia. «Un hombre de ochenta años mata a otro de la misma edad», como si con ochenta años ya no se pudiese ser malo, guardar escondida una escopeta de cañón recortado, ser capaz de incubar tanta mala leche. A él no lo sorprendieron los ciento sesenta años que sumaban entre víctima y asesino, sino la fotografía que acompañaba el relato del suceso: el retrato antiguo de la mujer del asesino, la mirada seria, temerosa, de una señora de otra época, sin maquillaje ni el peinado complicado de quien en esa época hubiese visitado París. ¿Qué harían en París? Un cuerpo cayendo. La incongruencia de un cuerpo en el aire. Como en esas imágenes del atentado del 11-S en Nueva York (la capital del mundo, había dicho el dueño del bar) cuando más de doscientas personas se precipitaron al vacío huyendo de las llamas. París ahí abajo, las manos, como garras, de ese hombre que es tu marido y que te habrá golpeado a menudo. El rostro, descompuesto por la sorpresa y el miedo, que en poco se parecerá al que muestra el oscuro retrato rescatado por el periódico.

La pareja inglesa resultó ser un marroquí de veinticinco años acompañado por su hermano pequeño, de veinte. Esperaban sentados en el poyete del portal y el mayor se levantó al ver aproximarse a Inma y Jaime. Les ofreció un apretón de manos a los dos, un saludo energético acompañado de una sonrisa espléndida. Mostraba una seguridad arrebatadora y porte de modelo profesional, pero vestía mal conjuntado y sus ademanes resultaban vulgarmente exagerados. Sin duda no era modelo. El más joven permaneció apartado, como a disgusto.

—Abdu —se presentó sin dejar de sonreír.

—¿Cómo?

—Abdu. Éste es Karim, mi hermano. El apartamento es para mí solo.

—¿Actualmente vives aquí, en Torremolinos? —quiso saber Inma; sólo Jaime notó su contrariedad.

—Pero lejos. Prefiero esta zona, más tranquila.

La tía de Inma vivía en el mismo bloque y detuvieron el ascensor en su planta para pedirle la llave. Cuando llamaban de una inmobiliaria Inma no necesitaba desplazarse hasta allí, bastaba con que le pidiesen la llave a su tía, algo mucho más cómodo. Así, además, eliminaba el riesgo de olvidarla en Málaga cuando viniese a enseñar el apartamento a un particular.

Lo de siempre. El baño, con plato de ducha en vez de bañera, para aprovechar mejor el poco espacio, cocina americana, dormitorio pequeño pero bien orientado, fresco en verano y cálido en invierno, el salón, recién pintado, y la joya de la casa: la terraza.

Por el tono desinteresado, seco, un poco cortante, que contrastaba con la locuacidad del marroquí, Jaime supuso que Inma no le alquilaría el apartamento, que enseguida saldría con eso de que estoy esperando que me responda una señora que lo vio antes y que

quedó en llamarme mañana por la mañana, pero de repente Abdu se dio la vuelta en el pasillo, con su enorme sonrisa, obligando a Inma a detenerse para no chocar con él.

—Me lo quedo —sentenció Abdu.

—Bueno, no hemos hablado del precio —se defendió Inma.

—El que informaba el anuncio, ¿no? Te dije por teléfono que me parecía bien. Sería para entrar a principios de mes. Te doy ahora la fianza y la primera mensualidad cuando me des la llave. ¿De acuerdo?

Dirigió una mirada a su hermano pero éste permanecía distraído. Sacó un sobre de un bolsillo y se lo ofreció a Inma.

—Cuéntalo, por favor, recién sacados del banco, para que tú los estrenes —dijo, tendiéndole el sobre—, calentitos.

Inma fue contando los billetes nuevos, con torpeza, queriendo haberse negado a hacerlo.

—El contrato —balbuceó.

—Podemos quedar la semana que viene, el día que digas. Me das las llaves y firmamos el contrato. Yo traeré la primera mensualidad y tú me dices entonces si prefieres que después te dé el dinero en mano o mediante transferencia.

—Te llamo en un par de días y quedamos —musitó Inma.

El marroquí poseía un fuerte sentido del humor, pero al ser rebuscado y enlazar una broma con otra sin apenas pausa entre ambas, resultaba difícil reírle las gracias, entenderlas. Inma asentía apenas, sin esforzarse ya por seguir el hilo de lo que el otro decía. Jaime se encargó de devolverle la llave a la tía de Inma y ella acompañó a Abdu al garaje para enseñarle la plaza de aparcamiento. Una vez en la calle, Inma se despidió de los dos hermanos con brusquedad. Jaime achacó el retraimiento de Inma mientras regresaban en el coche a la frustración por no haber sabido reaccionar, expresar su rechazo, estoy esperando la respuesta de una señora que lo vio ayer y quedó en contestarme mañana.

- ¿Tú crees que pagará? —preguntó al fin a Jaime.
—De hecho ya ha pagado la fianza, ¿no?

5

El tráfico denso a causa de un accidente los ayudó a sobrellevar el silencio espeso, forzado, la espera por ver las consecuencias del golpe. Una furgoneta de la Guardia Civil, las luces confiriendo una luminosidad hermosa a la tarde que caía, dos motos, los coches aminorando la marcha cuando pasaban junto al lugar del accidente, la ambulancia, uno de los guardias gesticulando a los conductores, que no se detuvieran, vamos, vamos, circulen, y entonces el cuerpo en el suelo, cubierto por una sábana. Jaime imaginó el de la mujer que había sido arrojada desde la Torre Eiffel. Su cuerpo también oculto bajo una manta, el marido esperando a que se abriesen las puertas metálicas del ascensor para descender, caminar rápido, sin rumbo, por las calles de París, buscando sólo alejarse, desesperado ante la lentitud de la puerta que no termina de abrirse. O a lo mejor tranquilo, ofreciendo las muñecas a los gendarmes que ya habrían llegado.

—Qué bien que hayas encontrado un inquilino —dijo Jaime, ya en la casa, de noche, los dos en la terraza.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Por la tranquilidad, por no tener que seguir buscando ni enseñándolo. Por el dinero.

—El dinero sí —concedió Inma, y Jaime percibió la agresividad contenida en su tono; ¿qué les estaba pasando?—. Ya que esta casa no me lo da, al menos que la otra sí.

—A nadie le da dinero la casa donde vive. No te vas a cobrar un alquiler a ti misma.

—A mí no. Pero tú podrías contribuir.

Buscó la cerveza para ocupar las manos; ya lo había dicho.

—Sí, yo podría contribuir. Dime cuánto y cada mes te paso lo que digas. Ya me dices si lo quieres en mano o por transferencia —trató de bromear Jaime imitando la voz de Abdu, el acento marroquí que el otro no tenía, pero Inma no se rio.

—No es una cuestión de dinero sino de intención.

—Intención de pagar.

—De colaborar.

—Crees que yo no colaboro.

—No siempre.

—Tú insististe en que ni siquiera fuese a ver la mierda de piso que un hombre con un hijo no se merece y me quedase contigo, aquí.

—Sé lo que dije.

—Pero ahora te arrepientes.

—No es eso. Simplemente quisiera estar segura de tu intención de colaborar. Derechos y deberes, ya sabes. Y creo además que eres tú quien debería haber sacado el tema.

—Lo siento. Dime una cantidad. ¿Te parece bien la mitad de lo que pagas de hipoteca al mes?

—Me parece bien.

—Yo no te cobraré nada por limpiar el cuarto de baño.

—¿Vamos a empezar con los trapos sucios? Yo no limpio el baño, pero si comemos juntos, la comida la hago casi siempre yo. Y no me digas ahora que tú pones la lavadora porque sería mejor que no lo hicieras, mezclando la ropa blanca y la de color.

—Vamos a dejarlo. Por mi parte me comprometo a pagarte la mitad de la hipoteca y a no mezclar la ropa de color con la blanca.

—¡Qué gracioso!

—Hablo en serio.

—Llevas unos días insoportable.

—¿Y tú?

— ¿No has dicho que lo dejemos? Pues vamos a dejarlo. Si estás envenenado porque Elena no te deja ver al niño no lo pagues conmigo.

— Por favor.

— ¿Por favor? ¿Es mentira lo que estoy diciendo?

Jaime controló el arrebato instantáneo de lanzar la botella de cerveza al vacío, un deseo de destruir, de barrer de un manotazo lo que había en la mesa, un estallido en su interior. Sintió que esa violencia no era nueva, que permanecía oculta, en estado latente, en stand by, tal vez habría dicho Elena, pero por qué pensar lo que habría dicho ella, qué pinta ella aquí, latente la violencia, esperando su hora, formando parte de sí aunque él se empeñase en mostrar su lado amable, comprensivo. Sintió un estremecimiento al preguntarse hasta dónde sería capaz de llegar, pero no era ése el problema: no había lanzado la botella, no había dado ningún manotazo a la mesa. ¿Qué les estaba pasando? La vida en común estaba dejando de ser fácil, pero no encontró una causa ni supo alcanzar una determinación. No creyó que la contribución económica fuese a solucionar nada, aunque lo consideró un acto de justicia. El problema no residía en el dinero, era otro. En cualquier caso, pagaría la mitad de la hipoteca. ¿Qué conseguiría con ello, aplazar qué?

6

En una casa como ésta, mascullaba Jaime, sin un jardín que la rodee, pinos ocultando rincones, en una vivienda así, sin una superficie que provea de escondites para aislarse, en este piso de Inma, ¿dónde se hallaba el refugio en el que amortiguar, proteger el enfado? Pensó salir a la calle, pero no quería irse sin decir adiós, y no tenía intención de dirigirle la palabra, demasiado agresiva con él. ¿Por qué? ¿Por tener que alquilar el apartamento a alguien que no

terminaba de convencerla? No podía ser eso, sin duda se trataba de algo más, ¿definitivo? *This is the end*; cantó mentalmente la canción de los Doors.

—Bajo a ver si encuentro un kiosco abierto para comprar el periódico —se sorprendió diciendo.

Una frase infantilmente justificativa, estúpida. Nunca había salido por la noche para comprar el periódico. Inma no contestó. *The end*.

Al abrir el portal, una mujer que revolvía las bolsas de basura asomada al contenedor se volvió y le aguantó la mirada, como si fuese él quien hurgase entre los desechos y a ella la molestase. Más adelante, en la puerta del locutorio, un joven se salió del corro en el que conversaban en ruso o ucraniano y le cortó el paso para pedirle un cigarrillo; Jaime negó con la cabeza, los ojos del extranjero clavados en él, la ciudad agresiva. Recordó la maniobra similar del marroquí en el pasillo del apartamento de Inma, la sonrisa seductora, el giro inesperado.

El kiosco de la calle Manrique estaba todavía abierto y se sintió obligado a solicitar un periódico que había leído esa mañana mientras desayunaba. Se sentó en una terraza y pidió una cerveza. Pasaba las hojas sin terminar de leer los titulares. Se dio cuenta cuando ya llevaba un rato haciéndolo de que leía detenidamente los pequeños anuncios. Alquileres. Calculaba de qué manera tendría que ajustarse para poder pagar un piso de dos dormitorios. Tenía un hijo. Una habitación para su hijo. Una casa para su hijo y él, los dos solos. Durante unos años podría bastar con un solo dormitorio. Dejó el periódico en la mesa, pagó y regresó despacio a la casa. No había contado con Inma. Una casa para su hijo y para él. Lo hería la culpa. En sus planes no había incluido a Inma.

¿Algo definitivo? Debería decírselo: Inma, he rodeado con un círculo el anuncio de un apartamento demasiado caro, en cuanto encuentre uno que pueda permitirme me voy. Deseó poder decírselo y que ella le reprochase más comportamientos inapropiados,

que la discusión provocase la ruptura, en definitiva, no tener que decírselo él, me voy, pero deseaba todavía con más fuerza que Inma se hubiese aplacado, evitar las frases hirientes, el apartamento que no alquilaría. Una tregua.

Inma seguía en el sofá, ante la televisión sin voz. Los pies descalzos sobre los cojines. Jaime la sintió desvalida. ¿Ella, con sus palabras, habría dejado entrever parte de una idea que llevaba creciendo en su interior aunque no la hubiese terminado de elaborar? ¿Iba a dejarlo?

—Hola.

—¿Y el periódico?

—Estaba cerrado el kiosco. Da igual, sólo quería darme un paseo —se sentó en el sofá sin rozar a Inma.

—Jaime, perdona por lo de antes.

—Perdona tú también.

—Lo del niño y Elena. Eso es asunto vuestro, perdona.

—¿Qué estás viendo?

—Nada, no hay nada. ¿Ponemos alguna película? Elige de la estantería la que quieras.

7

A la hora del desayuno, Jaime entró en el baño para eludir a sus compañeros. Eligió una mesa esquinada de una cafetería diferente a la que solían ir cada mañana. Solo. Telefonó a Elena para preguntarle por Álvaro, pedirle si podría recogerlo una tarde de esa semana. Abridamente ingenuamente la esperanza de una improbable disposición cálida de Elena que lo llevase a compartir los problemas que arrastraba con Inma. Elena, estoy hecho un lío. Los dos en el sofá de su casa, hacía sólo unos meses, Álvaro durmiendo. Elena no cogió el teléfono y Jaime optó por no enviarle el mensaje

de texto rabioso que llegó a redactar: Álvaro también es mi hijo, quiero verlo. El ventanal de la cafetería estaba completamente abierto y le incomodaba el humo de otro oficinista que había salido a fumar a la calle.

El estruendo de una moto lo llevó a Sergio. Las dentelladas del recuerdo. El ruido de la moto no precedería a Sergio nunca más. Sergio. Dos años ya. Buscó el principio, abriéndose paso en la espesura dolorosa de la infancia. El primer encuentro. Jaime lo conoció antes de que Sergio registrase su existencia. Un picotazo repentino y al volverse Jaime localizó al compañero que le había lanzado el hueso de una fruta impulsándose con una gomilla. Tendría nueve años y sabía lo que había que hacer, pero lo agarraron de la camiseta, lo zarandearon, un compañero de otra clase, gritándole qué quieres tú, un niño cuyo rostro había visto antes pero sin haberlo individualizado hasta ese momento. Sergio.

—¡Me ha tirado un hueso!

Quiso mantener el tipo sin atreverse a soltar la mano de Sergio arrugando su camiseta, ese obstáculo insalvable.

—Pues te aguantas o te parto la cara. ¿Qué prefieres?

Puede que aún no hubiese cumplido los nueve. Los otros se alejaron riendo, divertidos, satisfechos porque todo había resultado conforme a lo previsto. Buscarían otro objetivo. Habría habido otros antes que Jaime. Una agresión gratuita y efímera, él ya no existía para ellos. Después el bocadillo resultó interminable, el recreo sin sentido, el sol cegador, el campo de fútbol un desierto sin un solo amigo. El mundo dejó de ser bello, desaparecidas las flores silvestres de un malva intenso cuya localización Jaime conocía: nunca más se detendría a contemplarlas—. No buscó algún grupo con balón que estuviese jugando un partido de reglas ambiguas. Sintió la contundencia incontestable de un criterio divino: muchacho, estás solo, date cuenta. Dejó de ser el niño más fuerte de su clase, esa certeza infantil no refutada con la experiencia. El

mundo a partir de ahora es otro, pensó, ya con esa tendencia a la conclusión desmedida.

¿Ahí había empezado todo? ¿Pero qué era todo? Nunca le contó esa anécdota a nadie. Nunca le recordó a Sergio —la moto ya había desaparecido, su ruido, pero Sergio se había apoderado de la cafetería, lo ocupaba todo— ese episodio que seguramente le habría parecido nuevo. Se habría reído, habría amagado con retorcerle de nuevo la camisa, lo habría hecho, y habría pronunciado si es que tenías cara de tonto, una cara pidiendo que alguien te arrugase la ropa, justo la que sigues teniendo, y otra carcajada y el gesto exagerado al empujarse el flequillo hacia atrás de un manotazo brusco.

Volvió a su café, comprobó que nada había cambiado en la pantalla de su móvil, ningún aviso, ningún mensaje de Elena. Temió encontrar en su lugar uno de Inma, y al no hallarlo lo echó de menos. Regresó a su recuerdo. Él era más inteligente que Sergio, sin duda, de hecho él seguía vivo y Sergio no, y no por haberse tragado un coche al circular rápido y borracho en la moto hacía dos años. Podía haber ocurrido de muchas otras maneras. Una pelea, como Luis, otro compañero del colegio, tres o cuatro años mayor que ellos. Una noche, poco antes de terminar el instituto, o poco después, las fechas se asocian a anécdotas y es difícil aislarlas, una de esas noches que tanto prometían y tanto defraudaban, en una fiesta, se desató una pelea en la que Jaime no tuvo nada que ver, movimientos rapidísimos, empujones, un vaso haciéndose añicos en una esquina, y de repente Luis se le echó encima, gritándole algo que no comprendió y le lanzó un puñetazo que Jaime llevó en su ojo izquierdo casi una semana. Algunos años después Jaime supo que a Luis lo acuchillaron en otra pelea, en la feria, le clavaron una navaja que le alcanzó el páncreas. Luis tendido sobre la tierra. Quien me toca, muere. Sergio y Luis, ahora, no eran nada.